

Mc 10,46-52
¡Jesús!

El Evangelio de hoy que relata la curación del ciego de Jericó, Bartimeo, no sólo es fundamental por las enseñanzas que contiene sino también por su ubicación en el Evangelio de Marcos. En efecto, se ubica como el último episodio antes de la entrada de Jesús en Jerusalén, donde iba a concluir su camino. Sabemos que el Evangelio de Marcos tiene un esquema geográfico claro: comienza con el ministerio de Jesús en las inmediaciones del mar de Galilea y aquí predominan los episodios relacionados con el mar, las barcas y las redes; sigue con la subida de Jesús a Jerusalén y en esta etapa predominan los temas del camino y del seguimiento; concluye con su breve ministerio en Jerusalén y el relato de su pasión, muerte y resurrección.

El episodio del ciego de Jericó ocurre aún en el camino, pero es ya la última estación. Jericó es la última ciudad conocida que se encuentra el viajero que va desde Galilea por la cuenca del Jordán hasta Jerusalén. El relato comienza situando el hecho: "Cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Timeo, Bartimeo, un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino". El relato concluye con una recapitulación de los temas propios de esta sección: "Recobró la vista y lo seguía por el camino". Veamos qué es lo que ocurrió.

Después de su descripción -un mendigo ciego-, Bartimeo adquiere inmediatamente protagonismo. Al enterarse de que era Jesús de Nazaret el que pasaba se puso a gritar: "¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!". El Evangelio no nos dice lo que pasó por la mente del ciego al oír el nombre de Jesús de Nazaret; pero su grito lo dice todo. Ya hemos comentado en otra ocasión el sentido del título: "Hijo de David", y hemos dicho que para todo judío era claro que este título correspondía el Mesías (Ungido) prometido por Dios a Israel. Nadie había pretendido este título antes de Jesús, y el mismo Jesús lo aceptó, pero tratando de evitar su connotación política. Cuando Pedro, en representación de los doce, lo llama "el Cristo", Jesús "les mandó enérgicamente que a nadie hablaran acerca de él" (Mc 10,30). No nos detendremos aquí sobre este título, sino sobre el segundo vocativo que usa el ciego: "Jesús".

Nos llama la atención, porque nadie en el Evangelio se dirige a Jesús en esta forma; nadie sino los endemoniados lo llama con su nombre propio (cf. Mc 1,24; 5,7). Pero justamente los endemoniados saben quién es él. El modo corriente de dirigirse a Jesús en el Evangelio es con el nombre de "Maestro". Esta audacia del ciego es la que cautivó la atención de Jesús. El vocativo "Jesús" en labios del ciego no es un gesto de indebida familiaridad; el ciego ciertamente evo-

ca el sentido profundo de ese nombre. Digamos lo que el ciego quiere expresar con las palabras del Catecismo de la Iglesia Católica: "El Nombre que todo lo contiene es aquel que el Hijo de Dios recibe en su encarnación: Jesús. El nombre divino es inefable para los labios humanos, pero el Verbo de Dios, al asumir nuestra humanidad, nos lo entrega y nosotros podemos invocarlo: 'Jesús', 'YHWH salva'. El nombre de Jesús contiene todo: Dios y hombre y toda la Economía de la creación y de la salvación. Decir 'Jesús' es invocarlo desde nuestro propio corazón. Su Nombre es el único que contiene la presencia que significa. Jesús es el resucitado y cualquiera que invoque su Nombre acoge al Hijo de Dios que lo amó y se entregó por él" (N. 2666).

Mientras todos hacían callar al ciego, Jesús, en cambio, se detiene y ordena: "Llamadlo". Jesús comprende todo lo que el ciego quería significar con su grito. Y eso queda en evidencia en la reacción del ciego cuando le dicen: "¡Animo, levántate! Te llama". El ciego es un mendigo, pero ante ese llamado, ya no le interesan las limosnas que haya podido recaudar, ni siquiera la posesión de su manto; ahora le interesa sólo Jesús y la perspectiva del encuentro personal con él: "Arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús".

Jesús, dejándose conmover por el grito del ciego que le había pedido compasión, le pregunta: "¿Qué quieres que te haga?". La pregunta es la misma que Jesús hacía a los hijos del Zebedeo (cf. el domingo pasado: Mc 10,36); pero allí esa pregunta era la resistencia de Jesús a conceder "lo que le pidieran". Aquí, en cambio, es Jesús quien se adelanta a ofrecer al ciego lo que él quiera pedir. Es un signo de la confianza de Jesús; sabe que el ciego, no obstante ser un mendigo, no le pedirá riquezas ni honores de este mundo, como le habían pedido los apóstoles Santiago y Juan. Y el ciego no lo defrauda, pues responde: "Rabbuní, que vea". La expresión de fe y confianza con que el ciego se dirige a Jesús ahora, una vez que está ante él y hablando con él, debió ser impactante; por eso el evangelista conserva la palabra en el original arameo. "Rabbuní" significa "Maestro"; pero aquí está dicho con un acento intraducible.

La respuesta de Jesús nos da la clave de comprensión de todo el episodio: "Vete, tu fe te ha salvado". Lo que se pretende con este relato es poner la fe del ciego como modelo para todos los cristianos. Esta es la fe que salva. Jesús no hace ningún gesto, ni siquiera toca los ojos sin vista del ciego: todo el milagro se atribuye a la fe del ciego. ¿Por qué no le dice Jesús: "Tu fe te ha curado" o "te ha dado la vista" o "que te ocurra como has creído"? Quiere acentuar la palabra "salvar", porque ésta es la que está contenida en el nombre con que el ciego lo llamó: "Jesús" = "YHWH salva". El y el ciego se entienden. Con su petición el ciego demuestra que ha entendido quién es Jesús. Si hubiera pedido esto a cualquiera que fuera menos que Dios, su petición

habría sido una temeridad o un absurdo. Sólo Dios puede devolver la vista a un ciego.

Jesús le dice: "Vete". Lo deja así en libertad de irse. Es que Jesús nunca exige nada a cambio de sus milagros. Sólo en una ocasión se quejó de la ingratitud, cuando, después de curar a diez leprosos, uno solo volvió a dar gracias a Dios. El ciego queda libre para irse. Pero él "sabe en quién ha creído" (cf. 2Tim 1,12) y libremente elige seguir a Jesús: "Recobró la vista y lo seguía por el camino".

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción